do mas que la pureza del corazon, pronuncie eternamente tu palabra en medio de todos los darvands convertidos. [1] Esto es hermoso, es digno, caritativo; esto merece ser dicho por los hombres y escuchado por Dios. Este es el amor mismo para ese Padre comun que causa un irresistible amor para todo lo que ha recibido de él el nacimiento; y si es el mas grande castigo del infierno, de no amar nada, seria la desesperacion del cielo no poder amarlo todo. Creamos, pues, ardientemente con los discípulos de Zoroastro que la gracia de Dios está encima de todos lo mismo, que su poder: que ninguna falta se convertirá en un manantial eterno como su autor; cualquiera que sea la indignidad del hombre jamas le faltará la gracia de Dios, ya sea en otra existencia ó en la presente. Si el infierno, es decir, la necesaria consecuencia del abuso de las libertades está en las leyes indefectibles del mundo, como lo ha presentido el cristianismo, que la religion al ménos, no nos impida ver en él extravíos pasajeros; que la rehabilitacion siga á la pena; y que á nuestros ojos, el fin de toda alma esté en el cielo. Sobre este punto principalmente la teología de Occidente nos parece en vía de enderezarse. Este progreso domina en efecto á todos aquellos cuya necesidad se hace igualmente sentir y los arrastra con ella. Tambien nos parece notable que en cierto modo nos sea dictado por la misma tradicion, cuyas inspiraciones han hecho ya realizar tantas otras á la teología de nuestros padres. Por esto hemos creido conveniente aplicarnos á demostrar

1 *Yaçna*. himn. 47.

aquí, tanto como nos sea posible, cuán buen consejero, en todos tiempos, nos ha sido el Espíritu de Zoroastro, y cómo la Europa debe, en realidad, á sus secretos impulsos, una parte de la prosperidad á que se ha elevado »

Tal es la apreciacion llena de justicia y de verdad á que se entrega Juan Reynaud. [1] Dejamos á un lado á los chinos y japoneses, que han tenido ideas idénticas á las de los indios y los persas, y pasamos á los egipcios para llegar en seguida á Grecia.

Herodoto es el primero que hace conocer en Grecia á los egipcios, leyendo su historia el año de 455 ántes de nuestra era.

El nos dice [2] que estos pueblos son los primeros que hayan avanzado que el alma del hombre es inmortal; que cuando el cuerpo acaba de perecer, entra siemen el de cualquiera animal; que despues de haber así pasado sucesivamente en todas las especies de animales terrestres, acuáticos y volátiles, entra en un cuerpo de hombre que nace entónces, y que sus diferentes trasmigraciones se hacen en el espacio de tres mil años. [3]

Se ve que segun este historiador, los egipcios no admitian la inmortalidad en el mismo sentido que noso-

1 En su artículo *Zoroastro*, de la *Enciclopedia nueva*, artículo que deberán consultar todos los que quieren formarse una idea completa de la teología de los Persas; nosotros no hemos hecho mas que extractarla y reasumirlo en la parte que se refiere al objeto de este libro.

2 Herodoto, *Historia*, libro II, cap. CXXIII.

3 Herodoto, trad. de M. Larcher, III, cap. CI.

tros. Creian solamente que las almas de los hombres despues de haber dejado los cuerpos que animaban, [1] pasaban, por una continuacion de transmigraciones á diversos animales, y venian, despues de un periodo de tres mil años, á animar un cuerpo humano naciente. Esta expresion *naciente*, es muy notable, y prueba que, en su sistema, los egipcios no admitian que el alma debiese jamas volver á tomar el antiguo cuerpo. Así es que el motivo que se atribuia á sus embalsamientos no era el verdadero. No podian, en efecto, tener por objeto al conservar los cuerpos, que el alma pudiese reentrar en ellos despues de un cierto tiempo, supuesto que se le creia destinada á animar otro nuevo; pero los egipcios suponian que la transmigracion comenzaba solamente cuando el alma se hallaba separada del cuerpo, y como segun sus sacerdotes, la separacion no tenia lugar, sino cuando el cuerpo quedaba enteramente destruido, hacian todos sus esfuerzos para alejar el momento de esta destruccion absoluta. Tal era el único objeto del embalsamamiento tan cuidadoso de sus cuerpos, y de las solicitudes minuciosas que tomaban para garantizarlos de la putrefaccion. Servio nos expone claramente su doctrina: "Los egipcios, dice, [2] renombrados pos su sabiduría, prolongan la duracion de los cadáveres á fin de que la existencia del alma, ligada á la del cuerpo, sea conservada y no pase tan prontamente á otros. Al contrario, los Romanos queman

1 Notas de M. Miot sobre *Herodoto*, título I, pág. 419.

2 Servius *ad Æneid.*, lib. III.

los cadáveres á fin de que el alma volviendo á adquirir su libertad, entre en seguida en la naturaleza." *Ægyptii periti sapientiæ, condita diu resevant cadavera, scilicet ut anima corpori sit obnoxia, nec cito ad alios transeat. Romani contra faciebant, comburentes cadavera, ut statim anima in generalitatem, id est, in suam naturam rediret.*

Así, pues, estos usos, por contradictorios que pudieran ser, implicarian dos cosas, la creencia en la trasmigracion y la reencarnacion de las almas, que ha sido tambien enseñada por Pitágoras y por Platon, y se encuentra en el fondo del politeimo helénico. [1]

Puede decirse, en eterno honor del helenismo que, no hay religion que haya afirmado mas alto y mas claramente la inmortalidad del alma. Miéntras que los patriarcas bíblicos se duermen al lado de sus padres, los héroes griegos conservan mas allá de la tumba una vida independiente. El pueblo, en sus oraciones, los confunde con los dioses, y sus tumbas son sagradas como templos. Ellos son los guardianes vigilantes de las ciudades, los protectores atentos de las familias, los huéspedes invisibles de todas la fiestas, los auxiliares poderosos de sus hijos en los dias del combate, los guías de las generaciones aventureras que van á buscar nuevas patrias. Ellos reanudan por el lazo de los recuerdos las familias á la ciudad, las

1 *A. Maury, Religiones de la Grecia; Creuzer*, traducido por Guigniot; Luis MENARD, *Del politeismo helénico:* damos el resúmen de éste en las páginas siguientes.

colonias á la metrópoli, el presente y el porvenir al pasado. Hé aquí cual era la creencia del pueblo hélenico, simple, clara, unánime, ofreciendo en una palabra, todos los caractéres de una infalible revelacion. El pueblo no analizaba ni discutia esta creencia; habia nacido con él, inseparable de su existencia, conforme con su carácter, inherente á su genio, íntimamente unida á todos sus principios de moral social y política, á sus costumbres, á sus instituciones y á sus leyes. La inmortalidad se afirma siempre de la manera mas precisa. Homero, en esto como en todas las cosas, se adhiere al punto capital: lo que le interesa es la persistencia de la individualidad despues de la muerte. Ahora bien, el individuo está determinado en el conjunto de las cosas por sus relaciones con otros séres, en el espacio por la forma corporal, en el tiempo por la memoria. Homero da, pues, á los nuestros una forma visible, y hace de la memoria su atributo principal, y reune en la muerte á los que se han amado durante la vida: los amigos se pasean juntos y se divierten con sus recuerdos. La religion de la justicia reemplaza á la religion de la fuerza; la vida futura repara los errores del destino; ó mas bien, allí no habia ni destino, ni acaso, ni error, ni injusticia; los bienes y los males de la vida no eran mas que pruebas, los dioses están absueltos, y, como lo dirán mas tarde los estóicos, el dolor es un bien, si desarrolla nuestra valor; el placer es un mal si enerva nuestra virtud.

La inmortalidad del alma extiende mas allá de la tumba las consecuencias de nuestro libre albedrío, y

el hombre viene á ser el artífice de su destino. De los actos contínuos de que se compone la vida, la muerte hace una suma que constituye nuestra existencia eterna. La memoria que es la conciencia del pasado, clasifica á cada uno de nosotros en la jerarquía de los séres. Este juicio definitivo del hombre sobre él mismo, está representado en los poetas con toda especie de imágenes, por los jueces del infierno, por el Tártaro y el Eliseo, por las Erinnyas que son á la vez las imprecaciones de la víctima y los remordimientos del culpable, por las Euménides benevolentes para los justos, terribles para los malvados. Estos últimos son castigados por el recuerdo personificado de sus propios crímenes, idea que Polignoto presentó en sus pinturas de la *Lesché* de Delfos de una manera muy asombrosa: representó un mal hijo, condenado en el Tártaro á ser estrangulado por su padre.

En cuanto á la mansion de los santos, difícil es hacer de ella una descripcion que no sea tomada de la vida terrestre. La primavera eterna, las mieses que nacen sin cultivo, y aun los himnos sin fin de que habla un fragmento de Píndaro, todos los paraísos de nuestros sueños no son mas que pálidas copias, de los espectáculos magníficos que la luz muestra á los vivientes. La verdadera felicidad de los justos es vigilar despues de la muerte sobre aquellos que les han sido amados durante la vida. Las almas santas de los antepasados, de los hombres de la raza de oro, vienen á ser ángeles de la tierra, los buenos demonios, guardianes de los hombres mortales. Vestidos de aire invisi-

ble, recorriendo toda la tierra, observan las acciones justas ó culpables, y distribuyen los beneficios. "Hé aquí, dice Hesiodo, su funcion real." Esta es siempre la doctrina homérica de la inmortalidad por la memoria. El recuerdo que es la existencia de los muertos, asiste, como mudo testigo, á todas las acciones de los vivos. Desde su esfera ideal, los héroes y los santos vigilan las generaciones nuevas; invisibles y siempre presentes, nos apartan del mal y nos inspiran los grandes pensamientos. Extienden de lejos sobre nosotros sus influencias benditas, y como el sol atrae los vapores de la Tierra, ellos nos elevan y purifican y nos llaman cerca de sí á las regiones superiores. Las oraciones suben, los socorros descienden, y el pensamiento de los muertos conduce á los vivientes por el escarpado camino de la ascension.

Homero nombra á menudo á las almas, *luces* como las que brillan en el firmamento; ellas no se extinguen en nuestro hemisferio, sino para lucir en otro. Una fuerza puede llegar á ser latente, pero no puede morir. La permanencia individual descuella necesariamente del principio de la pluralidad y de la independencia de las causas. No se puede cercenar una malla del tegido de la vida universal, una nota de la armonía del mundo; nada debe faltar á la perfeccion del conjunto; la balanza de los números seria falseada si una sola cifra pudiera desaparecer. Ningun lugar puede quedar vacío, ningun voto puede ser suprimido, porque la ley social es la suma de los derechos de cada uno, y el hombre es tan necesario como Jesus, es uno de los

ciudadanos de la república de los dioses. Del cielo á la tierra, no hay abismo: entre ellos y nosotros, los inmortales han extendido la escala del apoteósis, y en todos los grados hay virtudes vivientes que nos tienden la mano. El culto de los antepasados es la religion de la familia, el culto de los dioses es la religion de la ciudad. Nosotros invocamos con confianza á los que nos han protejido durante su vida, y ellos recogen nuestras preces, ellos, los amigos indulgentes que comprenden todas nuestras debilidades y que perdonan siempre, porque han sufrido y luchado como nosotros. Tal vez los dioses superiores son demasiado grandes para oirnos, ellos no cambiarán por nosotros el órden inmutable de las cosas; pero vosotros ¡oh mediadores en este gran concierto de himnos y de quejas, vosotros distinguís las voces amigas, y sabeis dulcificar, sin violarlas, las leyes eternas!

El docto Luis Ménard se expresa asi sobre la metempsícosis: "Los muertos pueden buscar nuevos destinos, y volver á entrar por el Lethéo en el torbellino de la vida universal; pueden volver á bajar á la tierra, los unos para reparar las faltas de una vida anterior, y purificarse por nuevas luchas; los otros, los redentores mortales, para conducir con el espectáculo de las virtudes antiguas á los pueblos que se extravian, y empaparse aun en los manantiales del apoteósis. Cuando todos los que los lloran partan á reunírseles, ellos ascenderán á esferas superiores y desconocidas, los mas fuertes guiando á los mas débiles, como en la tierra y sosteniéndolos en sus alas á traves de la Vía Láctea que

es el camino de las almas. La metempsicosis, no es, pues, inconciliable con la nocion homérica de la inmortalidad, pero restringe la permanencia del recuerdo en el intervalo que separa dos periodos de vida activa.'' Se ve por esto que la creencia en los hados, en los griegos, ó en el *amenthis* en los egipcios, no hacia de ellos mas que una mansion temporal, de donde el alma imperfecta tomaba su vuelo para volver á entrar, ya fuera en el círculo de las existencias corporales, ó ya en la humanidad terrestre.

Virgilio es á nuestros ojos, el poeta que ha expresado mejor en la antigüedad las tradiciones del destino. Citemos para ello este pasaje: despues de haber descrito las recompensas y las penas de las almas en el Elyseo y el Tártaro, Virgilio añade:

Has omnes ubi mille rotam volvere per annos,
Lethæum ad fluvium Deus evocat agmine magno,
Scilicet immemores supera ut convexa revisant.
Rursús et incipiant in corpora velle revertí. 1

Suponiendo que esta expresion, *supera convexa*, no pudiese aplicarse mas que á la tierra, en la imaginacion del poeta, resulta de este pasaje que las almas, despues de mil años, vuelven á nuestro globo; pero

1 Todas estas almas, cuando durante mil años han girado la rueda de esta existencia [En el Elyseo ó en el Tártaro], Dios las llama en numerosos enjambres al rió *Lethéo*, á fin de que privadas de recuerdos, vuelvan á ver los lugares superiores y convexos, y comiencen á desear volver á los cuerpos.

Virgilio no dilata indefinidamente este destino, no dice que despues de una nueva vida terrestre y mil años en la mansion del Tártaro, el alma, una tercera, cuarta ó centésima vez, volverá aún á habitar la tierra; habla siempre de un destino transitorio y no del destino llegado á su último término; en otro pasaje es donde explica el fin de todas las criaturas, y en el que es necesario buscar su verdadero pensamiento.

.....Deum nanque ire per omnes
Terrasque tractusque maris cœlumque profundum;
Hinc pecudes, armenta, viros, genus omne ferarum,
Quemque sibi tenue nascentem arcessere vitas;
Scilicet huc reddi deinde, ac resoluta referri
Omnia; nec morti esse locum, sed viva volare
Sideris in numerum atque alto sucedere cœlo. 1

[Geórgicas, libro IV, v. 221].

Se ve por este pasaje que, como último término del destino, Virgilio asigna al hombre la masion de los astros en las partes mas elevadas del Cielo. Hé ahí la verdadera opinion filosófica de Virgilio, porque trata

1 Dios está extendido en todas las tierras y los espacios de los mares, y del cielo profundo. De él es de quien los ganados, los grandes rebaños, los hombres, toda la raza de béstias, cada sér naciente, atrae á sí ligeros Espíritus: Todas las cosas en seguida son restituidas á Dios, y vuelven á El despues de su disolucion. (*) Nada muere; sino que todas las cosas vuelven vivas al número de los astros y se retiran al elevado cielo.

(*) No se trata aquí mas que de la disolucion de las formas, de lo que es divisible y compuesto; el alma, sér uno y simple, no puede disolverse.

del destino, elevado, si es permitido expresarse así, á la última potencia. Ovidio, el poeta pitagórico por excelencia, que ha compuesto el *libro de las metamórfosis*, cree tambien en una metempsícosis mas elevada que la existencia terrestre; así termina su poema.

Cum volet illa dies, quæ nil nisi corporis hujus
Jus habet, incerti spatium mihi finiat ævi;
Parte tamen meliore mei super alta perennis
Astra ferar, nomenque erit indelebile nostrum. [1]

Tanto para Ovidio como para Virgilio, la metempsícosis no está limitada á la Tierra, el paso á los astros es su creencia y su esperanza. No todo estaba terminado en el Tártaro, ni aun en las otras existencias terrestres, si hemos de creer á estos poetas, expresion viviente de la fé antigua.

2 Venga cuando quiera este dia; no tiene derecho mas que sobre mi cuerpo; que termina para mí el espacio de una vida incierta. En la parte mas noble de mí mismo, seré llevado inmortal por encima de los astros elevados y mi nombre será indeleble.

CAPITULO II.

FILOSOFIA PAGANA.

Platon.—Plotino.—Porfirio.—Jámblico.

"Platon, dice M. Frank [1] adoptando la doctrina de Pitágoras, ha ensayado fundarla en algunas pruebas, y la elevado por lo mismo á la altura de una idea filosófica. Estas pruebas, que están extensamente desarrolladas en el *Phédon* son dos: la una sacada del órden general de la naturaleza, y la otra de la conciencia humana." La naturaleza, dice Platon, está gobernada por la ley de los contrastes; y ,por esto vemos en su seno suceder la muerte á la vida, y estamos por lo mismo obligados á creer que la vida sucederá á la muerte. Por otra parte, no pudiendo nacer nada de nada, si los séres que vemos morir no debiesen

1 *Diccionario de las ciencias filosóficas*, en la palabra *Platon*.